



V

**A**RRUINADO, despojado, perdido!  
Quedóse en el banco como aturdido por una conmoción, maldiciendo la suerte y deseando pegar á alguien. Para aumentar su desesperación sentía pesar sobre sí una especie de ultraje, de deshonra; porque Federico se había figurado que su fortuna paterna llegaría un día á quince mil pesetas de renta, y lo había hecho saber de una manera indirecta á los Arnoux. Iba, pues, á pasar por un hablador, por un pícaro, por un oscuro danzante, que se había introducido en casa de ellos con la esperanza de algún provecho. ¿Y como volvería á ver ahora, á ella, á la señora de Arnoux?

Eso, además, era completamente imposible, no teniendo más que tres mil pesetas de renta. Porque no podía vivir siempre en cuarto piso, teniendo por criado al portero, y presentarse con modestos guantes negros azulados por las puntas, sombrero grasiento, la misma levita durante un año. No, no, jamás. Sin embargo, la existencia sin ella era intolerable. Muchos vivían bien sin fortuna, Deslauriers entre otros; y se conceptuaba cobarde atribuyendo semejante importancia á cosas que solo la tenían mediana. La miseria quizás centuplicaría sus fuerzas. Y se exaltó, pensando en los grandes hombres que trabajan en las boardillas. Un alma como la de la señora de Arnonx debía conmoverse ante aquel espectáculo, y se enternecería. Así que aquella catástrofe era una dicha, después de todo; como esos temblores de tierra que dejan al descubierto tesoros, hábale ella revelado las secretas opulencias de su naturaleza. Pero no existía más que un sitio único en el mundo para hacerlas valer: París; porque en sus ideas, el arte, la ciencia y el amor (esas tres fases de Dios, como hubiera dicho Pellerin) dependían exclusivamente de la capital.

Por la noche declaró á su madre que allí volvería. La señora de Morean quedó sorprendida é indignada; aquello era una locura, un absurdo. Mejor haría con seguir sus consejos;

es decir con permanecer á su lado, en un estudio. Federico se encogió de hombros, diciendo: «Vaya,» creyéndose insultado por aquella proposición.

Entonces la buena señora empleó otro método. Con voz tierna y pequeños sollozos, se puso á hablar de su soledad, de su vejez, de los sacrificios que había hecho. Ahora que era más desgraciada la abandonaba. Y, después, aludiendo á su próximo fin, añadió:

—Un poco de paciencia, Dios mío, muy pronto serás libre.

Aquellas lamentaciones se repitieron veinte veces al día, durante tres meses, y al mismo tiempo, las delicadezas del hogar le corrompían; gozaba con tener una cama más blanda, toallas sin girones; tanto, que cansado, enervado, vencido al fin por la terrible fuerza de la dulzura, Federico se dejó llevar á casa del señor Prouharam.

No mostró allí ni ciencia ni aptitud; habíanle considerado hasta entonces como un joven de grande ingenio que debía ser la gloria de la provincia; aquello fué una decepción pública.

Al principio se dijo: «Es preciso avisar á la señora de Arnoux», y durante una semana, meditó cartas ditirámicas, y breves billetitos, en estilo lapidario y sublime. El temor de confesar

su situación le contenía. Después pensó en que sería mejor escribir al marido; Arnoux conocía la vida y sabía comprenderle. Por fin, después de quince días de vacilación, se dijo:

—¡Bah! ¡no debo volverles á ver; que me olviden! Por lo menos, no habré desmerecido en su recuerdo; ella me creará muerto y me sentirá... quizás.

Como si las resoluciones excesivas le costaran poco, juróse no volver á París, y hasta no informarse de la señora de Arnoux.

Sin embargo, echaba de menos el olor del gas y el ruido de los ómnibus. Pensaba en todas las palabras que le había dicho, en el timbre de su voz, en la luz de sus ojos; y considerándose como hombre muerto, no hacía nada, absolutamente nada...

Se levantaba muy tarde, y miraba por su ventana los tiros de los carreteros que pasaban. Los seis primeros meses, sobre todo, fueron abominables.

En ciertos días, sin embargo, se indignaba contra sí mismo; entonces salía, se iba á las praderas, medio cubiertas durante el invierno por los desbordamientos del Sena, divididas por hileras de álamos. A trechos se veía un puentecillo. Por ellas vagaba hasta la noche, pisando las hojas amarillentas, aspirando la bruma, saltando los fosos; á medida que sus

arterias batían más fuertemente, le arrastraban deseos furiosos de actividad; quería hacerse tramposo en América, servir á un bajá en Oriente, embarcarse como marinero, y exhalaba su melancolía en largas cartas á Deslauriers, que bullía por su parte para abrirse camino.

La cobarde conducta de su amigo y sus eternas jermiadas le parecían estúpidas. Muy pronto su correspondencia vino á ser casi nula. Federico había dado sus muebles todos á Deslauriers, que conservaba su alojamiento. Su madre le hablaba de eso de cuando en cuando; por fin un día confesó su regalo, y ella le reñía, cuando recibió una carta.

—¿Qué es eso?—dijo—¿Tiemblas?

—No tengo nada—contestó Federico.

Deslauriers le manifestaba que había recogido á Sénecal, y desde hacía quince días, vivían juntos. ¿Luego Sénecal se establecía ahora en medio de las cosas que procedían de casa de Arnoux? podía venderlas, hacer observaciones y gracias sobre ellas. Federico se sintió ofendido hasta el fondo del alma; subió á su cuarto, porque tenía ganas de morirse.

Su madre le llamó para consultarle á propósito de una plantación en el jardín.

Aquel jardín, á modo de parque inglés, se hallaba cortado en el centro por una valla de palo, y la mitad pertenecía al tío Roque, que

poseía otro para verduras á orillas del río. Los dos vecinos reñidos se abstendrían de ir á aquellos sitios á las mismas horas. Pero desde que Federico había vuelto, el buen hombre se paseaba por allí con más frecuencia y no economizaba las cortesías al hijo de la señora Moreau y le compadecía por tener que habitar en una pequeña población. Un día le contó que el Sr. Dambreuse había preguntado por él; otra vez se extendió acerca de la costumbre de Champaña, donde el vientre ennoblecía.

—En aquel tiempo hubiera usted sido un señor, puesto que su madre de usted se llamaba de Fouvens. Y pueden decir lo que quieran, pero ya es algo un apellido. Después de todo—añadió, mirándole maliciosamente—eso es cosa que depende del guarda-sellos.

Aquella pretensión de aristocracia iba singularmente con su persona. Como era bajo, su larga levita castaña aumentaba lo bajo de su busto. Cuando se quitaba la gorra, veíase una cara casi femenina con una nariz extremadamente puntiaguda; su pelo, de color amarillo, parecía una peluca; saludaba á la gente bajándose mucho, rozando con las paredes.

Hasta los cincuenta años, se había contentado con el servicio de Catalina, una lorenesa de la misma edad que él y muy señalada de viuela; pero hacia 1834, llevó de París una linda

rubia, de figura acarnerada, con el porte de una reina. Muy pronto se la vió pavoneándose, con grandes pendientes, y todo se explicó con el nacimiento de una niña, inscrita con el nombre de Isabel, Olímpia, Luisa Roque.

Catalina, en sus celos, esperaba que execrara á aquella niña; por el contrario, la amó, rodeándola de cuidados, atenciones y caricias, para suplantar á su madre y hacerla odiosa; empresa fácil, porque Eleonora descuidaba completamente á la pequeña, prefiriendo la charla con los proveedores. Desde el día siguiente de su matrimonio, fué de visita al Sub-gobierno, no tuteó más á las criadas, y creyó debía mostrarse, por buen tono, severa con su hija, asistiendo á sus lecciones. El profesor, un viejo burócrata de la alcaldía, no sabía arreglarse; la discípula se insubordinaba, recibía bofetadas y se iba á llorar sobre las rodillas de Catalina, que le daba invariablemente la razón. Entonces querrellaban las dos mujeres y el Sr. Roque las hacía callar. Se había casado por ternura hacia su hija, y no quería que la atormentaran.

A menudo llevaba un vestido blanco hecho girones con unos pantalones guarnecidos de encajes; y en las grandes fiestas, salía vestida como una princesa, para mortificar un poco á los vecinos, que prohibían á sus marmotas el tratarla visto su nacimiento ilegítimo.

Vivía sola, en su jardín, se mecía en el columpio, corría tras las mariposas, y de repente, se paraba á contemplar los cetoinos que se posaban en los rosales. Aquellas costumbres eran indudablemente las que daban á su fisonomía una expresión de atrevimiento y melancolía, á la vez. Tenía la estatura de Marta, además, tanto que Federico le dijo, desde su segunda entre vista:

—¿Quiere usted permitirme que la bese, señorita?

La personita alzó la cabeza y contestó:

—Con mucho gusto.

Pero la valla de palo los separaba, y Federico dijo.

—Es preciso subirse ahí.

—No; levánteme usted.

Se inclinó por encima de la valla y la cogió por los brazos, besándola en las dos mejillas; la volvió luego á dejar en su sitio por el mismo procedimiento, que se renovó las siguientes veces.

Sin mayor reserva que una niña de cuatro años, en cuanto oía venir á su amigo, se lanzaba á su encuentro, ó bien escondiéndose detrás de un árbol, imitaba el ladrido de un perro para asustarlo.

Un día que la señora de Moreau había salido, le hizo subir á su cuarto. Ella abrió todos

los tarros de esencia y se dió pomada en el pelo abundantemente; después, sin la menor cortedad, se acostó en su cama, donde permaneció á todo lo largo, despierta.

—Me figuro que soy tu mujer—le decía.

Al día siguiente la vió llorando, confesando «que lloraba sus pecados», y como él tratara de conocerlos, respondió bajando los ojos:

—No me preguntes más.

Se acercaba la primera comunión; por la mañana la llevaron á confesar. El sacramento no la hizo más juiciosa. Con frecuencia se encolerizaba verdaderamente, y se recurría á Federico para calmarla.

Muchas veces la llevaba á sus paseos. Mientras que él soñaba andando, ella cojía amapolas al borde de los trigos, y cuando le veía mas triste que de ordinario, trataba de consolarle con frases agradables. Su corazón privado de amor, se entregó á aquella amistad de niño. Dibujábale muñecos, le contaba historia y le leía.

Empezó por los *Anales románticos*, colección de versos y prosa, entonces célebre. Después, olvidándose de su edad, tanto le encantaba su inteligencia, le leyó sucesivamente, *Atala*, *Cinco de Marzo*, *las Hojas de Otoño*. Pero una noche (aquella noche había oido *Macbeth*, en la sencilla traducción de Letourneur) se despertó gritando,

«¡La mancha, la mancha!» sus dientes chocaban y temblaba, y fijando sus ojos espantados en su mano derecha, la frotaba diciendo:

Siempre una mancha.

Por fin llegó el médico que prescribió que evitara las emociones.

Los vecinos no vieron en aquello más que un pronóstico desfavorable para sus costumbres.

Decían que «el hijo Moreau» quería hacer de ella más adelante una actriz.

Muy pronto tuvo lugar otro acontecimiento, á saber: la llegada del tío Bartolomé. La señora de Moreau le dió su cuarto de dormir, y llevó la condescendencia hasta servir carne los días de vigilia.

El viejo estuvo amable á medias. Siempre andaba en perpétuas comparaciones entre el Havre y Nogent, cuyo aire le parecía pesado, el pan malo, las calles mal empedradas, régulares los alimentos y perezosos los habitantes. «¡Qué pobre comercio el de ustedes!» Censuró las extravagancias de su difunto hermano, mientras que él había reunido veintisiete mil pesetas de renta. Por fin se marchó al terminar la semana y en el estribo del carruaje, largó estas palabras poco tranquilizadoras:

—Me alegra veros siempre en una buena posición.

—No te dará nada,—dijo la señora de Moreau volviendo á la sala.

Vino únicamente á instancias suyas, y durante ocho días, había intentado expansiones de su parte, con demasiada claridad, quizás. Arrepentíase de haberlo hecho, y permanecía en su butaca, con la cabeza baja y los labios apretados. Federico en frente, la observaba; y ambos se callaban, como hacía cinco años, á la vuelta de Montereau. Aquella coincidencia que se ofrecía á su pensamiento, le recordó á la señora de Arnoux.

En aquel instante, sonaron debajo de su ventana chasquidos de látigo y una voz que le llamaba.

Era el tío Roque, solo en su carro de mudanza. Iba á pasar todo el día en la Fortelle, casa del Sr. Dambreuse, y propuso cordialmente á Federico si quería que le llevara allí.

—Conmigo, no necesita usted invitación, no tenga usted miedo.

Federico tuvo gana de aceptar; ¿pero cómo explicaría su permanencia definitiva en Nogent? No tenía un traje de verano conveniente y en fin, ¿qué diría su madre? y rehusó.

Desde entonces el vecino se manifestó menos amistoso. Luisa crecía; Eleonora cayó mala de peligro, y las relaciones se desataron con gran contentamiento de la señora de Mo-

reau, que temía para establecer á su hijo las consecuencias de su trato con gentes semejantes.

Soñaba con comprarle la escribanía del tribunal; Federico no rechazaba demasiado aquella idea. Ahora la acompañaba á misa, jugaba con ella por la noche su partida de Imperial; y hasta su amor había tomado una dulzura fúnebre, un encanto soporífero. En fuerza de haber vertido su dolor en sus cartas, de haberlo mezclado á sus lecturas, paseado por el campo, y esparcido por todas partes, casi lo había agotado, tanto, que la señora de Arnoux era para él como una muerta; admirándose de no conocer su tumba, tanto se había convertido en tranquilo y resignado aquel afecto.

Un día, el 12 de Diciembre de 1845, hacia las nueve de la mañana, la cocinera subió una carta á su cuarto. Las señas en caracteres gruesos, era de una letra desconocida; y Federico soñoliento no se apresuró á abrirla. Por fin leyó:

*Juzgado de Paz del Havre III distrito.»*

«Muy señor mio: el Sr. Moreau, su tío de usted, ha muerto *ab intestato*...»

¡Heredaba!

Como si hubiera estallado un incendio detrás de la pared, saltó fuera de la cama, descalzo, en camisa: se pasó la mano por la cara, du-

dando de su vista, creyendo que soñaba todavía, y para confirmar la realidad, abrió de par en par la ventana.

Había nevado; los tejados estaban blancos, y hasta reconoció en el patio una cubeta de legía en que tropezó la noche anterior.

Releyó la carta tres veces seguidas; nada más cierto; toda la fortuna de su tío, ¡veintisiete mil pesetas de renta! Y una frenética alegría le trastornó ante la idea de volver á ver á la señora de Arnoux. Con la claridad de una alucinación, se reconoció á su lado, en su casa, llevándole algún regalo en su papel de seda, mientras le esperaba á la puerta su tflbury, no, mejor un cupé; un cupé negro con su criado de librea oscura; oía piafar su caballo y el ruido de la barbada confundiendo con el murmullo de sus besos. Aquello se repetiría todos los días indefinidamente. Los recibiría en su casa; el comedor estaría de cuero encarnado, el gabinete de seda amarilla, divanes por todas partes; ¡y qué armarios! ¡qué rasos de China! ¡qué tapiques! Aquellas imágenes llegaban tan tumultuosamente, que sentía darle vueltas la cabeza. Entonces se acordó de su madre, y bajó llevando siempre la carta en la mano.

La señora de Moreau trató de contener su emoción y se desvaneció. Federico la cogió en sus brazos y la besó en la frente.

—Buena madre, tú podrás volver á comprar tu coche ahora; riéte pues, no llores, sé feliz.

Diez minutos después, la noticia circulaba hasta los barrios. Entonces el Sr. Benoist, el Sr. Gambin, el Sr. Chambion, todos los amigos acudieron. Federico se escapó un minuto para escribir á Deslauriers. Llegaron otras visitas; la tarde se pasó en felicitaciones. Allí se olvidó á la mujer de Roque, que sin embargo, iba «muy para abajo».

Por la noche, cuando se quedaron solos los dos, la señora de Moreau dijo á su hijo que le aconsejaba establecerse en Troyes, como abogado. Siendo más conocido en su país que en cualquier otro, podría más fácilmente encontrar allí partidos ventajosos.

—Eso es demasiado fuerte—exclamó Federico.

Apenas llegaba la felicidad á sus manos, cuando querían arrebatarla; y significó su formal resolución de vivir en París.

—¿Qué vas á hacer allí?

—Nada.

La señora de Moreau, sorprendida de sus maneras, le preguntó qué quería ser.

—Ministro—replicó Federico.

Y afirmó que no bromeaba en modo alguno; que pretendía lanzarse á la diplomacia, que sus estudios y sus aficiones le arrastraban por ese

camino. Primero entraría en el Consejo de Estado, con la protección del Sr. Dambreuse.

—¿Le conoces, pues?

—Sí, por el Sr. Roque.

—Eso es particular—dijo la señora de Moreau.

Se despertaron en su corazón sus antiguos sueños de ambición; á ellos se entregó su madre interiormente, y no volvió á hablar más de los otros.

Si hubiera escuchado su impaciencia, Federico se hubiera marchado en aquel mismo instante. Al día siguiente estaban tomados todos los asientos de la diligencia, y se repudió hasta el otro día á las siete de la noche.

Se sentaban á comer, cuando sonaron en la iglesia tres campanadas sostenidas, y la criada entró anunciando que Eleonora acababa de morir.

Aquella muerte, después de todo, no era una desgracia para nadie, ni para la hija. La joven estaría mucho mejor así, más adelante.

Como las dos casas se tocaban, oíase un gran vaivén, ruido de palabras; y la idea de aquel cadáver junto á ellos, arrojaba algo fúnebre en su separación. La señora de Moreau, dos ó tres veces, se enjugó los ojos. Federico tenía el corazón oprimido.

Concluída la comida, Catalina le detuvo



entre las dos puertas. La señorita quería verle, absolutamente; le esperaba en el jardín.

Salió, se subió á la valla, y rozándose un poco con los árboles se dirigió á la casa del señor Roque.

Brillaban luces en una ventana del piso segundo; apareció una forma en las tinieblas y murmuró una voz:

—Soy yo.

Parecióle más alta que de ordinario, por causa de su vestido negro, sin duda. No sabiendo por qué frase empezar, se contentó con cojerle las manos suspirando:

—¡Ah! ¡pobre Luisa mía!

No contestó ella; le miró profundamente durante mucho tiempo. Federico temía perder la diligencia; creía oír á lo lejos rodar el coche, y dijo, para terminar:

—Catalina me ha indicado que tenías algo...

—Sí, es verdad; quería decir á usted...

Aquel *usted* le chocó; y como se callara, preguntó:

—Bien, y qué?

—Ya no lo sé; lo he olvidado. ¿Es verdad que se marcha usted?

—Sí, ahora mismo.

Ella repitió:

—¿Ahora mismo?... ¿ciertamente?... ¿no nos volveremos á ver ya?

Los sollozos la ahogaban.

—¡Adios, adiós; abrázame, pues!

Y le estrechó en sus brazos arrebatadamente.